

(Charla 111)

La religión como causa del progreso o retroceso humano^(*)

‘Abdu’l-Bahá

La mayor dádiva de Dios al mundo de la humanidad es la religión; porque ciertamente las Enseñanzas divinas son superiores a todas las otras fuentes de instrucción y desarrollo del hombre. La religión confiere al hombre vida eterna y guía sus pasos en el mundo de la moral. Abre las puertas de la felicidad sin fin y confiere honor sempiterno al reino humano. Ella ha sido la base de toda civilización y progreso en la historia de la humanidad.

Por lo tanto, investiguemos la religión para ver, desde un punto de vista libre de prejuicios, si es fuente de iluminación, causa de desarrollo e impulso animador de todo progreso humano. Investiguemos independientemente, libres de las restricciones de creencias dogmáticas, de ciegas imitaciones de formas ancestrales y de la mera influencia de la opinión humana; pues, conforme nos adentremos en este tema veremos cómo unos afirman que la religión es una causa de elevación y mejoramiento del mundo, en tanto que otros aseguran con igual positividad que es un obstáculo y una fuente de degradación para el hombre. Debemos considerar

^(*) Charla extraída de: ‘Abdu’l-Baha. *La Promulgación de la Paz Universal*. Buenos Aires: Editorial Bahá’í Indolatinoamericano, 1991; págs.. 417-427. Traducida al castellano por Manuel Caballero de versión en inglés: *The Promulgation of Universal Peace* editada por la AEN de los EEUU el año 1982. Esta obra contiene las charlas pronunciadas por ‘Abdu’l-Bahá durante su visita a los Estados Unidos y Canadá en 1912, las mismas que fueron recopiladas por Howard MacNutt.

estas cuestiones con profundidad e imparcialidad, con el fin de que no haya lugar en nuestras mentes para dudas o incertidumbres en cuanto a ellas.

¿Cómo determinaremos si la religión ha sido la causa del progreso o del retroceso humano?

Primero consideremos a los Fundadores de las religiones – los Profetas – repasemos la historia de sus vidas, comparemos las condiciones que precedieron su venida con aquellas posteriores a su partida siguiendo los registros históricos y los hechos irrefutables en lugar de confiar en declaraciones tradicionales, las cuales están abiertas tanto a la aceptación como a la negación.

Entre los grandes profetas estaba Abraham, quien era un iconoclasta y un heraldo de la unicidad de Dios. Fue desterrado de su país natal. Fundó una familia sobre la cual descendió la bendición de Dios, y debido a esta ordenanza y base religiosa la casa de Abraham progresó y avanzó. Mediante la bendición divina, de su linaje surgieron profetas notables y brillantes. Así aparecieron Isaac, Ismael, Jacob, José, Moisés, Aarón, David y Salomón. La Tierra Santa fue conquistada por el poder de la Alianza que Dios hizo con Abraham, y despuntó el Alba de la Gloria de la sabiduría y soberanía salomónica. Todo ello se debió a que la religión de Dios fue establecida y mantenida por este linaje bendito. Es evidente que esto fue la fuente de honor de la historia de Abraham y su progenie, de su progreso y civilización. Incluso hoy se encuentran en todo el mundo los descendientes de este linaje.

Existe otro aspecto más significativo de este estímulo e impulso religioso. Durante cuatrocientos años los hijos de

Israel fueron cautivos y esclavos en la tierra de Egipto. Se hallaban en el mayor estado de degradación y esclavitud bajo la tiranía y opresión de los egipcios. Mientras se hallaban en condiciones de absoluta pobreza y en el más bajo grado de humillación, ignorancia y servidumbre, súbitamente apareció Moisés entre ellos. Aunque sólo era un pastor, debido al poder de la religión tal fue la majestad, grandeza y eficacia que se hicieron manifiestas en Él, que su influencia llegó hasta nuestros días. Su posición profética se estableció en toda la tierra y la ley de su Palabra se convirtió en el fundamento de las leyes de las naciones. Este personaje único, solo y sin ayuda rescató del cautiverio a los hijos de Israel por medio del poder de la educación y disciplina religiosas. Los condujo a Tierra Santa y allí fundó una gran civilización que llegó a ser permanente y renombrada, por la cual este pueblo logró el más alto grado de honor y gloria. Él los liberó del cautiverio y la esclavitud. Los inculcó cualidades y capacidades de superación. Demostraron ser un pueblo civilizado con inclinaciones hacia el logro escolástico y educativo. Su filosofía llegó a ser famosa; sus industrias eran ponderadas en todas las naciones. Lograron distinción en todas las ramas del perfeccionamiento que caracterizan a un pueblo progresista. Durante el esplendor del reino de Salomón sus ciencias y artes llegaron a tal extremo que los filósofos griegos viajaban a Jerusalén para sentarse a los pies de los sabios hebreos y aprender las bases de la ley israelita. De acuerdo con la historia oriental, éste es un hecho establecido. Incluso Sócrates visitó a los sabios judíos en la Tierra Santa, asociándose con ellos para discutir la base y principios de sus creencias religiosas. A su regreso a Grecia formuló su enseñanza filosófica de la unidad divina y propuso su creencia de la inmortalidad del espíritu más allá de la disolución del

cuerpo. Sin duda Sócrates recogió estas verdades de los sabios judíos con los que estuvo en contacto. Hipócrates y otros filósofos griegos igualmente visitaron Palestina y adquirieron la sabiduría de los profetas judíos, estudiando la base de la ética y la moral y regresando a su país con contribuciones que hicieron famosa a Grecia. Cuando un movimiento fundamentalmente religioso hace fuerte a una nación débil, convierte a un pueblo de tribus indefinidas en una civilización fuerte y poderosa, los rescata del cautiverio y los eleva a la soberanía, transforma su ignorancia en conocimiento y los dota con el ímpetu para progresar en todos los campos del desarrollo (esto no es teoría, sino hechos históricos); se hace evidente que la religión es la causa de la consumación humana del honor y la sublimidad.

Pero cuando hablamos de religión nos referimos a la base esencial o realidad de la religión y no a los dogmas o ciegas imitaciones que gradualmente se han incrustado en ella y que son la causa de la declinación y desaparición de una nación. Estos son inevitablemente destructivos, una amenaza y obstáculo para la vida de una nación; incluso está escrito en la Torá y confirmado en la historia que cuando los judíos fueron esclavos de formas vacuas e imitaciones la ira de Dios se hizo manifiesta. Cuando olvidaron los fundamentos de la ley de Dios, Nabucodonosor llegó y conquistó la Tierra Santa. Mató e hizo cautivo al pueblo de Israel, asoló el país y las ciudades populosas e incendió las aldeas. Setenta mil judíos fueron llevados cautivos a Babilonia. Destruyó Jerusalén, saqueó el gran Templo, profanó el Sancta Sanctorum y quemó la Torá, el libro celestial de las Escrituras. Por consiguiente, aprendimos que la lealtad a la base esencial de las religiones divinas es siempre causa de desarrollo y progreso, en tanto el abandono y oscurecimiento de esa realidad esencial por las

ciegas imitaciones y la adhesión a creencias dogmáticas son casusa de degradación y envilecimiento de una nación. Después de haber sido conquistados por los babilonios, los judíos fueron sucesivamente sojuzgados por los griegos y los romanos. En el año 70 d.C., bajo el general romano Tito, la Tierra Santa fue despojada y saqueada, Jerusalén fue arrasada hasta sus cimientos y los israelitas fueron dispersados por todo el mundo. Tan completa fue su diáspora que ha estado sin país ni gobierno propio hasta el presente.

De este repaso de la historia del pueblo judío vemos cómo los fundamentos de la religión de Dios establecidos por Moisés fueron la causa de su honor eterno y prestigio nacional, el impulso animador de su progreso y supremacía racial y la fuente de esa excelencia que siempre será respetada y reverenciada por aquellos que comprenden su destino y resultados peculiares. Los dogmas y ciegas imitaciones que gradualmente oscurecieron la realidad de la religión de Dios resultaron ser la causa de las influencias que destruyeron Israel, y de la expulsión de este pueblo elegido de Tierra Santa, de su Alianza y de su promesa.

¿Cuál es, entonces, la misión de los Profetas divinos? Su misión es la educación y progreso del mundo de la humanidad. Ellos son verdaderos maestros y educadores, los instructores universales de la raza humana. Si deseamos descubrir si cualquiera de estas grandes almas o Mensajeros fue en realidad un Profeta de Dios, debemos investigar los hechos que rodean su vida e historia, y el primer punto de nuestra investigación será la educación que hayan dado a la humanidad. Se Él fue un educador, si realmente ha instruido a una nación o pueblo haciendo que se elevase de las profundidades más bajas de la ignorancia a la más alta

posición del conocimiento, entonces estaremos seguros de que fue un Profeta.

Este es el método de procedimiento sencillo y claro, una prueba irrefutable. No necesitamos buscar otras pruebas. No necesitamos mencionar los milagros diciendo que brotó agua de la roca, pues tales milagros y declaraciones pueden ser negados y rechazados por aquellos que los escuchan. Las acciones de Moisés son evidencia concluyente de su posición profética. Si el hombre fuese justo, imparcial y deseoso de investigar la realidad, indudablemente testificaría el hecho de que Moisés fue, ciertamente, un hombre de Dios y un gran personaje.

En la consideración adicional de este tema que seáis imparciales y razonables en vuestro juicio, dejando de lado todo prejuicio religioso. Debemos buscar e investigar las realidades sincera y detenidamente, reconociendo que el propósito de la religión de Dios es la educación de la humanidad y la unidad y compañerismo entre los hombres. Además, establecemos que la base de las religiones de Dios es una sola. Esta base no es múltiple, porque es la realidad misma. La realidad no admite multiplicidad, aunque cada una de las religiones divinas sea separable en dos divisiones. Una concierne al mundo de la moral y del entrenamiento ético de la naturaleza humana. Está dirigida al progreso del mundo de la humanidad en general; revela e inculca el conocimiento de Dios y hace posible el descubrimiento de las verdades de la vida. Esta es una enseñanza ideal y espiritual, la cualidad esencial de la religión divina, y no está sujeta a cambio o transformación. Esta es la única base de todas las religiones de Dios, por tanto, las religiones son esencialmente una y la misma.

La segunda clasificación o división comprende las leyes sociales y las regulaciones aplicables a la conducta humana. Esta no es la cualidad esencial de la religión. Está sujeta a cambio y transformación de acuerdo a las exigencias y requerimientos de la época y lugar. Por ejemplo, en el tiempo de Noé ciertos requerimientos hicieron necesario que todo tipo de pescados y mariscos fueron permitidos y legalmente comestibles. Durante el tiempo de la posición profética de Abraham era permitido debido a cierta exigencia, que un hombre desposase a su tía; es el caso de Sarah, que era hermana de la madre de Abraham. Durante el ciclo de Adán era legal y oportuno que un hombre se casara con su propia hermana, así como Abel, Caín y Seth, los hijos de Adán, se casaron con sus hermanas. Pero en la ley de Pentateuco revelado por Moisés estos casamientos fueron prohibidos, y su costumbre y autorización fueron denegadas. Otras leyes anteriormente válidas fueron anuladas por Moisés. Por ejemplo, en el ciclo de Abraham era legal comer carne de camello, pero durante el tiempo de Jacob fue prohibido. Tales cambios y transformaciones en las enseñanzas de la religión son aplicables a las condiciones ordinarias de la vida, pero no son importantes o esenciales. Moisés vivía en el desierto del Sinaí donde el crimen necesitaba un castigo directo. No existían las penitenciarías o las penas de prisión. Por tanto, de acuerdo a la exigencia del tiempo y el lugar, fue una ley de Dios aplicar el “ojo por ojo y diente por diente”. En el presente no sería práctico poner en vigor esta ley; por ejemplo cegar a un hombre que accidentalmente se ha cegado. En la Torá existen muchos mandamientos referentes al castigo de un asesino. Hoy no sería posible ni permisible llevar a cabo esas ordenanzas. Las condiciones y exigencias humanas son tales que incluso la cuestión de la

pena capital – la única pena por asesinato que está aún en vigor en la mayoría de las naciones – está ahora siendo discutida por los sabios quienes debaten su conveniencia. De hecho, las leyes para las condiciones ordinarias de la vida son sólo temporalmente válidas. Las exigencias del tiempo de Moisés justificaban la amputación de la mano de un ladrón, pero no es admisible ahora. El tiempo cambia las condiciones y las leyes cambiantes no son lo esencial; son lo accidental de la religión. Las ordenanzas esenciales establecidas por una Manifestación de Dios son espirituales; conciernen a la moral, al desarrollo ético del hombre y a la fe en Dios. Son ideales e inevitablemente permanentes – son expresiones de la base única y no están sujetas a cambios o transformaciones. Por consiguiente, la base fundamental de la religión revelada por Dios es inmutable y no cambia con el transcurrir de los siglos, ni tampoco está sujeta a las condiciones variables del mundo humano.

Cristo ratificó y proclamó las bases de la ley de Moisés. Muḥammad y todos los Profetas han repetido el mismo fundamento de la Realidad. Por tanto, el propósito y los logros de los Mensajeros divinos han sido uno y el mismo. Ellos han sido la fuente de progreso del cuerpo político y la causa del honor de la humanidad y de la civilización divina, cuya base es una y la misma en todas las Dispensaciones. Es entonces evidente que las pruebas de la validez e inspiración de un Profeta de Dios son las acciones y logros benéficos y la grandeza que emana de Él. Si es el instrumento para la elevación y mejoramiento de la humanidad, sin duda es un Mensajero celestial válido.

Deseo que seáis razonables y justos en vuestra consideración de las siguientes declaraciones:

En el tiempo en que los israelitas habían sido dispersados por el poder del imperio romano y la vida nación del pueblo hebreo fue eliminada por sus conquistadores – cuando la ley de Dios parecía haberseles escapado y la base de la religión de Dios estaba aparentemente destruida – apareció Jesucristo. Cuando se levantó entre los judíos lo primero que hizo fue proclamar la validez de la manifestación de Moisés. Declaró que la Tora, el Antiguo Testamento era el Libro de Dios y que todos los profetas de Israel eran válidos y verdaderos. Exaltó la misión de Moisés y por medio de su declaración el nombre de Moisés se esparció por todo el mundo. A través del cristianismo la grandeza de Moisés fue conocida en todas las naciones. Es un hecho que antes de la venida de Cristo, el nombre de Moisés era desconocido en Persia. Pero en la India no tenían siquiera conocimiento del judaísmo, y fue solamente a través de la cristianización de Europa que las enseñanzas del Antiguo Testamento llegaron a esa región. En toda Europa no había una sola copia del Antiguo Testamento. Pero considerad esto cuidadosamente y juzgad correctamente: a través de la mediación de Cristo, mediante la traducción del Nuevo Testamento, el pequeño volumen de los Evangelios, el Antiguo Testamento, la Tora, ha sido traducida a seiscientos idiomas y se difundió por todo el mundo. Los nombres de los profetas hebreos se hicieron familiares en todos los países que creyeron que los hijos de Israel eran verdaderamente el pueblo elegido de Dios, una nación santa bajo la bendición y protección especial de Dios, y que por lo tanto los profetas que habían surgido de Israel eran auroras de revelación y estrellas brillantes en el cielo de la voluntad de Dios. Así, en realidad Cristo promulgó el judaísmo, pues Él era judío y no se había opuesto a ellos. Él no negó la posición profética de Moisés, por el contrario, la

proclamó y ratificó. No invalidó al Tora, difundió sus enseñanzas. Aquella parte de los mandamientos de Moisés, que se refería a transacciones y condiciones sin importancia sufrió transformación, pero las enseñanzas esenciales de Moisés fueron repetidas y confirmadas por Cristo sin cambios. No dejó nada incompleto o sin terminar. Del mismo modo, mediante la suprema eficacia y poder de la Palabra de Dios, El unificó a la mayoría de las naciones del Este y el Oeste. Esto fue logrado en una época en que esas naciones estaban enfrentadas mutuamente con hostilidad y lucha. Los guió hacia la sombra de la unidad de la humanidad. Los educó hasta que alcanzaron la concordia y unidad, y mediante su espíritu de reconciliación los romanos, griegos, caldeos y egipcios se fundieron en una civilización compuesta. Este poder maravilloso y esta extraordinaria eficacia de la Palabra prueban de modo concluyente la validez de Cristo. Considerad cómo su soberanía celestial es aún permanente y duradera. Verdaderamente, ésta es una prueba concluyente y una evidencia manifiesta.

Desde otro horizonte vemos aparecer a Muḥammad, el Profeta de Arabia. Puede que no sepáis lo primero que Muḥammad dijo a su tribu: “Verdaderamente, Moisés fue un Profetas de Dios y la Tora es un Libro de Dios. Verdaderamente, oh pueblo, debéis creer en la Tora, en Moisés y en los Profetas. Debéis aceptar como válidos a todos los profetas de Israel”. En el Corán, la Biblia musulmana, existen siete citas o repeticiones de las narraciones de Moisés y en todos los relatos históricos Moisés es alabado. Muḥammad anunció que Moisés era el más grande de los profetas de Dios, que Dios lo guió en el desierto del Sinaí, que mediante la luz de guía Moisés oyó la llamada de Dios de que Él era el interlocutor de Dios y el portador de la Tabla

de los Diez Mandamientos, que todas las naciones contemporáneas del mundo se levantaron en su contra y que finalmente Moisés las conquistó, pues la falsedad y el error son siempre superados por la verdad. Hay muchos otros ejemplos de la confirmación de Moisés por Muḥammad. Yo sólo estoy mencionando unos pocos. Considerad que Muḥammad nació entre las tribus bárbaras y salvajes de Arabia, vivió entre ellas y externamente era un iletrado y un ignorante de los Libros Sagrados de Dios. Los árabes padecían en la mayor ignorancia y barbarie. Sepultaban vivas a sus hijas al nacer considerando que aquello era evidencia de una naturaleza valiosa y exaltada. Vivían en cautiverio y servidumbre bajo los gobiernos persa y romano y estaban esparcidos por todo el desierto ocupados en continuas luchas y derramamiento de sangre. Cuando amaneció la luz de Muḥammad, la oscuridad de la ignorancia desapareció de los desiertos de Arabia. En un corto período de tiempo aquellos pueblos bárbaros alcanzaron un grado superlativo de civilización, que, con su centro en Baghdád, se extendió hasta España y más tarde influenció al mayor parte de Europa., ¿Qué prueba de su posición profética puede ser mayor que ésta, a menos que cerremos nuestros ojos a la justicia y nos opongamos con obstinación a la razón?

Hoy los cristianos creen en Moisés, lo aceptan como Profeta de Dios y lo alaban profundamente. Los musulmanes también creen en Moisés y aceptan la validez de su posición profética, al mismo tiempo creen en Cristo. ¿Puede acaso decirse que la aceptación de Moisés por los cristianos y los musulmanes ha sido dañina o perjudicial para ellos? Al contrario, les han sido provechoso, pues han demostrado ser justos y ecuanímenes. ¿Qué mal haría a los judíos si a su vez aceptaran a Cristo y reconocieran la validez de la posición

profética de Muḥammad? Con esta aceptación y loable actitud, la enemistad y el odio que han afligido a la humanidad durante siglos desaparecería, el fanatismo y el derramamiento de sangre dejarían de existir, y el mundo sería bendecido con unidad y concordia. Los cristianos y musulmanes creen y admiten que Moisés era el interlocutor de Dios. ¿Por qué vosotros no decís que Cristo era el Verbo de Dios? ¿Por qué no expresáis estas pocas palabras que terminarían con toda esta dificultad? Entonces no habría más odio ni fanatismo, ni más guerra y derramamiento de sangre en la Tierra Prometida. Entonces habría paz entre vosotros para siempre.

En verdad yo os declaro que Moisés era el interlocutor de Dios y un Profeta muy notable; que Moisés reveló la ley fundamental de Dios y estableció la verdadera base ética para la civilización y el progreso de la humanidad. ¿Qué mal hay en ello? ¿Acaso he perdido algo al decir esto y creer en ello como bahá’í? Al contrario, me beneficia; y Bahá’u’lláh, el Fundador del Movimiento bahá’í me lo confirma diciendo: “Has sido justo y equitativo en tu juicio, has investigado la verdad imparcialmente y has llegado a una conclusión verdadera; has anunciado tu creencia en Moisés, un Profeta de Dios, y has aceptado la Torá, el Libro de Dios”. Puesto que es posible para mi barrer toda evidencia de prejuicio mediante tal declaración liberal y universal de credo, ¿porque no es posible para vosotros hacer lo mismo? ¿Por qué no poner fin a esta lucha religiosa y establecer un lazo de unión entre los corazones de los hombres? ¿Por qué no deberían los seguidores de una religión alabar al Fundador o maestro de otra? Los otros religiosos exaltan la grandeza de Moisés y admiten que Él fue el Fundador del judaísmo. ¿Por qué los hebreos se rehúsan a alabar y aceptar a los otros grandes Mensajeros que han aparecido en el mundo? ¿Qué daño puede

haber en ello? ¿Qué objeción legítima? Ninguna. No perderéis nada con tal acción y declaración. Al contrario, contribuiríais al bienestar de la humanidad. Seríais un instrumento del establecimiento de la felicidad en el mundo de la humanidad. El honor eterno del hombre depende del liberalismo de esta edad moderna. Puesto que Dios es único y el Creador de toda la raza humana, Él provee y protege a todos. Nosotros lo aceptamos como a un Dios bondadoso, justo y misericordioso. ¿Por qué entonces nosotros, sus hijos y seguidores, guerreemos y luchamos causando tristeza y aflicción a los corazones de unos a otros? Dios es amoroso y misericordioso. Su intención para la religión siempre ha sido el lazo de unidad y afinidad entre los hombres.

¡Alabado sea Dios! Las épocas de oscuridad medievales han desaparecido y este siglo de esplendor ha despuntado, este siglo en el que la realidad de las cosas se hace evidente, en donde la ciencia descubre los misterios del universo, donde la unidad del mundo de la humanidad se está estableciendo, y el servicio a la raza humana es el motivo primordial de toda existencia. ¿Vamos a permanecer obstinados en nuestro fanatismo y adheridos a nuestros prejuicios? ¿Es acaso digno que estemos todavía limitados y restringidos por viejas fábulas y supersticiones del pasado, impedidos por creencias anticuadas e ignorancias de épocas oscuras, librando guerras religiosas, luchando y derramando sangre, rechazando y anatematizándonos unos a otros? ¿Es esto digno? ¿No es mejor para nosotros ser cariñosos y considerados unos con otros? ¿No es preferible disfrutar de compañerismo y unidad, hermanados todos en himnos de alabanza al más excelso Dios, y exaltar a todos sus Profetas con un espíritu de aceptación y verdadera visión? Entonces, ciertamente este mundo se convertirá en un paraíso y el prometido Día de Dios

amanecerá. Entonces, según la profecía de Isaías, el lobo y el cordero beberán del mismo arroyo, el búho y el buitre anidarán juntos en las mismas ramas y el león y el becerro pacerán juntos en la misma pradera. ¿Qué es lo que esto significa? Significa que religiones feroces y contendientes, credos hostiles y creencias divergentes se reconciliarán y unirán, a pesar de sus antiguos odios y antagonismos. Mediante el liberalismo de la actitud humana exigido en este siglo radiante, se fundirán en perfecta camaradería y amor. Este es el espíritu y significado de las palabras de Isaías. Jamás llegará el día en que esta profecía se cumplirá literalmente, porque esos animales, por su naturaleza, no pueden asociarse y mezclarse con amabilidad y amor, por tanto la profecía simboliza la unidad y acuerdo de las razas, naciones y pueblos, los cuales se unificarán en una actitud de inteligencia, iluminación y espiritualidad.

Ha amanecido la era en la que las religiones se unirán.

Está cercana la Dispensación en la que todas las naciones disfrutarán de las bendiciones de la paz internacional.

Ha llegado el ciclo en que todos los prejuicios raciales serán abandonados por las tribus y pueblos del mundo.

Ha comenzado la época en que todas las nacionalidades se unificarán en una gran familia humana.

Pues todos los hombres habitarán en paz y seguridad bajo la protección del gran tabernáculo del único Dios viviente.
